



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 7. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 18 Febrero 1875. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXV.

SUMARIO.

Revista de Modas, por Joaquina Balmaseda.—Trajes de sociedad y paseo.—Vestido de dos tonos.—Vestido con abrigo de terciopelo.—Abanico.—Adorno de cabeza y porta-ramillete para teatro.—Peinado y cuerpo escotado para sociedad.—Vestido con mantelo.—Vestido con túnica.—Aderezo de novedad (medallón, alfiler y pendiente).—Fichú de muselina.—Fichú de encaje.—Cuerpo escotado con chaleco.—Cuerpo escotado con berta.—Collar de perlas.—Sombrero bordado de cuentas.—Sombrero Ana

Maria.—Sombrero Carlota.—Sombrero bullonado.—Peinado para teatro.—Lazo de cinta, encaje y flores.—Lazo de terciopelo y cinta con mariposa de encaje.—LITERATURA: Bibliografía, por Vicente Cuenca.—Niñas y flores, por María de la Concepción Gimeno.—De Madrid á Lisboa, por Nicolás Díaz y Perez.—Gloria y arte, por Teodoro Guerrero.—Charadas.—Variedades.—Explicación del figurín.

REVISTA DE MODAS.

La época presente es la época de los vestidos de baile. Los de calle por este invierno parecen haber pronunciado su última palabra, y para los de primavera es demasiado pronto: así, pues, los vestidos de sociedad fijan por el momento la atención de las bellas, y se ven en ellos maravillas. La idea de la gran tabla, por detrás es la que domina en los trajes de ceremonia, pero va sufriendo tales modificaciones, que puede decirse no queda de ella más que la idea primitiva, la de adornar la falda por detrás en todo su largo. Unas veces esta famosa tabla va formada por tela de otro color, que baja á formar la cola, otras va adornada con bullones sobrepuestos y rodeados de encaje, otras con lazos, con botones, con cascada de encajes, con multitud de caprichos á cual más ricos y elegantes. La parte de adelante de las faldas se adorna en onda muy profunda, alternando volantes, bullones, encajes ó plegados. Las tunicas de encaje perladas de cristal ó perladas de azabache, gozan de gran favor para completar uno de estos vestidos; pero solo las de cristal blanco ó negro, las de acero y cuentas doradas ó lentejuelas, han sido, como os anuncié, un capricho fugaz de la Moda, que ya está excluido de los salones donde se rinde culto á la verdadera distinción.

En cambio los vestidos de dos tonos, ó de dos telas gozan cada día más favor, viéndose combinaciones á cual más atrevidas. He pedido admirar uno de terciopelo negro, de forma de sotana por delante, y con toda la parte de atrás de raso grana, sobre la cual van á unirse los dos delanteros con tiras ó echarpes de terciopelo rematados por lazos al lado izquierdo de terciopelo también, que al ceñirse bullonan ligeramente la falda grana; una gran cenefa de terciopelo á grandes picos hacia arriba termina el borde de la parte de atrás. Chaqueta de terciopelo negro con gran tabla triple de raso grana en medio de la espalda, adornada de lazos negros y manga negra lisa hasta el codo, donde la termina bullon grana y gran vuelta negra. Es un traje suntuoso, de carácter original y que recomiendo desde luego á personas que visten mucho y desean figurar muy en primera línea por su elegancia. También como traje de dos tonos tengo á la vista uno azul, con la parte de adelante bullonada, y separa-



1. Traje para sociedad.

1 y 2. TRAJES DE SOCIEDAD Y PASEO.

2. Traje para paseo.

dos los bullones por bieses de azul más subido, el cual forma el mantelo y la coraza: mangas bullonadas como el delantal. Como trajes de sociedad, son también muy dignos de recomendarse los grabados 7 y 9 de EL CORREO de hoy.

Los cuerpos de trajes de sociedad son susceptibles de diferentes formas: los de dos petos vuelven á recobrar el favor perdido, y no hay hechura que mejor haga resaltar

la esbeltez del talle: los de coraza, que bajan en cotilla ó aldeta alrededor, son también muy apreciados, pero su corte es más difícil y corresponde solo á telas ricas como el brocatel, la faya ó el terciopelo: los de tabla en la espalda, y esta sujeta por lazos, que corresponde á la gran tabla de la falda, son de mucha novedad, aunque no sean los que más favorecen al talle; y finalmente, los de forma Luis XV que ya os tengo recomendados, alternan sin desventaja con todos los citados. El escote se lleva redondo ó cuadrado sin distinción, pero el cuadrado necesita gran habilidad en la ejecución: hay tan pocos escotes cuadrados con gracia! Las mangas pequeñísimas, invisibles casi.

De peinados y adornos de cabeza para sociedad podría decirse algo, pero el número presente os dice cuanto pudiera decirse yo: los cabellos de adelante se rizan siempre, adornan la frente en ligerísimas sortijillas y se completa el peinado con cocas en la parte superior, redondeando la cabeza y tirabuzones gruesos colgando, trenzas medio deshechas ó mechones rizados y sujetos por lazos. El carácter general del peinado es que descienda á acompañar el cuello, y para con los sombreros actuales se llevan también los tirabuzones ó la trenza doble y sujeta por su mitad con un lazo del color de los del sombrero.

Y ya que de sombreros hablo, os diré que los últimos que he admirado en casa de Mad. Grenet, en la Puerta del Sol, son ya verdaderamente primaverales. Ha recibido esta casa un surtido de plumas y flores de dos y tres tonos, tan nuevo como distinguido: plumas que recorren toda la escala de un mismo color, desde el azul pavo hasta el azul agua; plumas del color del acero azulado sembradas de cuentas y flores de tan raros caprichos, que no es extraño que con ellas resulten los sombreros ideales. Las últimas formas son la *al-saciona* sin el lazo por delante,

y en vez de él una corona de pluma ó una ruche de faya y encaje por delante del ala que vuelve alrededor (véase números 20 y 21 de este mismo número). Pues bien: esta forma la he visto reproducida en la casa citada en color de hortensia, con pluma igual, que hacia un sombrero ideal: en gris con adornos malva y flores de este color, con ala plegada y ruche delante de los dos tonos: en gris con celeste, con el ala plegada alrededor, la copa casi

escondida bajo una pluma azul de delicados reflejos, y lazos de los dos colores.

Como los artísticos conciertos de Monasterio suelen ser todos los años la señal de aparición de los sombreros de primavera, me apresuro á comunicaros estas noticias, para que no creais que por ser este año más anticipados los conciertos, hallan desprevenida á la Moda. También se hacen aun lindos sombreros de terciopelo y castor negro con azabache y una bella y finísima pluma blanca: esto no necesito deciros que es siempre elegante y distinguido.

Como os dije al principio, en los trajes de calle se admira poco nuevo, pero se hacen siempre trajes de dos tonos y de dos telas en extremo elegantes. La forma de delantal ó mantelo y la coraza, sigue haciéndose con preferencia y seguirá siendo la dominante, hasta que aparezcan las telas de primavera, que no tardarán en llegar á nuestros mejores almacenes, que se ocupan ya en hacer sus pedidos.

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 y 2. TRAJES DE SOCIEDAD Y PASEO.

1. *Traje para sociedad.*—Vestido de faya azul con las mangas y adorno de tono más claro: la falda lleva dos volantes plegados del último tono fijados por un doble biés. La túnica, que repite el volante plegado, va abotonada por delante en todo su largo, y recogida por un lado con un lazo de cinta, del que parten grandes bridas á sostener el pouf. Mangas del tono más claro: fichú de plegados de tul.

2. *Traje para paseo.*—Vestido de faya negra con delantal de matalasée, cubriendo la union un doble biés de faya con lazos de cinta. Paletot de terciopelo negro con vueltas de matalasée y guarnecido de piel de lince. Sombrero redondo y manguito adornados de la misma piel.

3. ABANICO PARA BAILE.

Es de marfil primorosamente esculpido, suspenso de un cordón, y éste de un mosqueton para fijarle á la cintura sosteniendo además un frasco de esencia y un librito de memorias para apuntar los compromisos de baile.

4 y 5. ADORNOS PARA BAILE.

Estos objetos representan una clavellina silvestre azul hecha en porcelana, género muy buscado hoy, y un porta-ramillete dorado del mejor gusto con su cadena y sortija para pasarla al dedo.

6. PEINADO Y CUERPO PARA BAILE.

La berta y encajes que forman la manga son de rico encaje blanco: el collar son perlas imitadas fijas en una cinta de terciopelo y con óvalos de perlas, colgando además del gran medallón de terciopelo con perlas que ocupa el centro: el peinado lleva la misma cinta con perlas y flores como las que adornan la berta.

7 á 9. TRAJES PARA SOCIEDAD.

7. *Vestido con mantelo.*—Es de faya verde agua con cuerpo escotado y otro encima de gasa blanca con mangas bullonadas por cintas y lazos verdes: la misma gasa blanca sirve para el mantelo triple, que cubre por delante toda la falda adornada de plegados y encajes, y cuya primera parte vuelve en solapas por los lados. La falda por detrás va adornada de volantes de faya hasta la cintura adornados de encaje.

8. *Vestido con delantal.*—Es de faya de color Antoneilli, ó color de pensamiento: la falda lisa va por detrás montada con la gran tabla, sobre la que descienden desde los costadillos grandes cintas de terciopelo negro á anudarse en gran lazo: el delantal va formado por tiras de terciopelo adornadas de broches de azabache y fruncidos de la tela del vestido, guarnecido todo el delantal con un encaje negro perlado de azabache, y descansando sobre un plegado de tul blanco: el cuerpo y mangas repiten el encaje bordado; si el vestido fuese azulado puede ponerse para el bordado acero azulado también.

9. *Vestido con túnica.*—Puede hacerse en tela ó tarlatana blanca ó rosa. La túnica, muy recogida por delante, baja en gran cola por detrás, guarnecida de un encaje y adornada de grupos y guirnalda de flores: el cuerpo, escotado, de aldeta, tiene que ir forrado de seda del color de la tarlatana ó correspondiendo á la primera falda.

10 á 12. ADEREZO LLAMADO CAMPANA.

Está primorosamente cincelado, y su forma antigua le

da gran realce por el momento. El primer grabado es un medallón, el segundo alfiler y el tercero pendientes.

13 y 14. FICHÚ DE MUSELINA.

Hácese este modelo con muselina y entredós de encaje, presentándole nuestros grabados por delante y por detrás, formando la espalda una tabla en abanico abierto en el centro: por delante va rizado en tres pliegues, y el borde todo adornado de entredós y encaje, que va fruncido solo en las puntas: el escote va adornado por una doble gola de muselina y encaje que disminuye progresivamente por delante.

15. FICHÚ CUADRADO.

Se corta el escote de faya como un cuello marinero, por detrás, prolongándole por delante en escote cuadrado y forrado de un pedazo de tul de Lion de 44 cents. de largo por 22 de ancho: un entredós de tul de 3 cents. y un encaje de 5 cents., bordados ámbos de azabache, adornan el borde del fichú, separados por bieses del color del fichú ó del traje con que haya de servir.

Lazos del mismo color le completan.

16. CUERPO ESCOTADO CON CHALECO.

Cuando se hace el traje de seda de color claro, se emplea tarlatana ó crespon igual para los plegados y bullones. La falda de esta es lisa con pouf de la misma, y la chaqueta, de mangas cortas bullonadas, se abre sobre un chaleco igual á la falda y con tiras de terciopelo del color de la chaqueta: esta va guarnecida de encaje blanco, y encajes blancos hacia arriba adornan el escote. Límose igual al vestido adornada de encaje y flores. Collar de azabache.

17. CHAQUETA ESCOTADA CON BERTA.

El vestido es de faya adornado de plegados del mismo color en crespon ó gasa Chambéry: un biés cuádruple adorna el centro de la berta, guarnecida de plegados de crespon y de encaje blanco: este guarnece asimismo la manga corta bullonada y el bolsillo colocado en la aldeta. Una rama de rosas parte del hombro á adornar el pouf. Broche de perlas y una pluma en los cabellos.

18 y 19. COLLAR DE CUENTAS.

El número 19 presenta con claridad una de las doce rosas ó medallones de cuentas ensartadas en alambre. Estas se hacen de dimensiones graduadas, colocando las cuatro mayores en el centro de adelante, adornándolas todas con colgantes de azabache. Un corchete debajo de un lazo cierra el collar por detrás.

20 A 23. SOMBREROS.

20. *Sombrero bordado de cuentas.*—El ala va bordada de azabache sobre terciopelo y las lazadas de seda: un pájaro de reflejos tornasolados completa el adorno.

21. *Sombrero Ana María.*—Por el contrario de los que se han hecho hasta hoy, el fondo es liso y el ala bullonada á pliegues muy menudos: es de terciopelo azul con cintas de faya más clara y rosas y plumas de reflejos azulados.

22. *Sombrero Carlota.*—Es de terciopelo negro con adornos hortensia de crespon de china: los lazos van adornados de azabache, y completa el sombrero una rosa hortensia y pluma de este color.

23. *Sombrero bullonado.*—El ala es de fieltro blanco y el fondo bullonado de faya azul, con flores eliotropos, con hojas metálicas y cintas azules: retorcido de cinta azul debajo del ala.

24 y 25. PEINADO PARA TEATRO.

Se reparten los cabellos de atrás en dos mitades, con las que se hacen dos trenzas que se unen á otra colocada en diadema, cubriendo la union una flecha de acero azulado: los de adelante forman bandós con sortijillas á la frente. Este mismo grabado muestra una talma de matalasée y armiño para salida de teatro ó baile.

26 y 27. LAZOS PARA EL CABELLO

El primero es de cinta, encaje y flores; la cinta de faya negra con encaje blanco y flores de granado.

El segundo es de un biés de terciopelo pensamiento y cinta de faya del mismo color, adornado el centro del lazo por una mariposa de encaje blanco.

JOAQUINA BALMASEDA.



BIBLIOGRAFIA.

PROCLAMACION

de
NUESTRO LEGÍTIMO Y CATÓLICO MONARCA.
EPÍSTOLAS

POR DON GASPAR BONO SERRANO.

Si la poesía ha sido en los desdichados tiempos que corren un sacerdocio alguna vez siquiera, ningún vate merece con mayor razón ser su más estimable adepto que D. Gaspar Bono Serrano. Si algún poeta contemporáneo ha tratado de llamar hacia sí con mejor título la atención pública, ninguno ha demostrado en la empresa más inquebrantable fé que el cantor de *El rosario de mi madre*. Si algún escritor moderno, en estos momentos preciosos en que la verdad absoluta apenas basta para contener la razón extraviada, es acreedor á la estimación pública y al amor de todos, piedra de toque en la que se prueba el conocimiento de lo que es noble, leal y sincero, ninguno es más digno de poseer un puesto más distinguido en el palenque de nuestras grandezas literarias como el traductor de *Jerónimo Vida*.

En efecto, todas las obras de este poeta están destinadas á llamar la atención de los hombres pensadores, de los escritores que aun toman por lo serio las bellas letras, hallándose sembradas á manos llenas en sus páginas la buena semilla, las más sábias y fecundantes doctrinas, los pensamientos más sublimes y trascendentales, con una sencillez y encanto admirables. En todas ellas vése al autor siempre alerta, armado de punta en blanco, para pelear contra el vicio y el absurdo, sea cualesquiera la máscara con que trate de disfrazarse á sus ojos, luchando con todas sus fuerzas en pro de lo digno y de lo bello, y de los adelantamientos del porvenir literario de nuestra desgraciada cuanto amada patria, y en cuyo frontispicio se podría inscribir, sin miedo de poder ser desmentido, el pensamiento siguiente de Horacio en su *Arte poética*: *sapientia prima stultitia caruisse!*... ¡El primer deber de un sábio es el no caer jamás en el exceso!

En estas últimas producciones, en efecto, el poeta se mantiene con toda la fuerza de su voluntad y de su talento al lado de lo noble y de lo grande, pues no quiere otra compañía, dejando de través á los vocingleros que griten, á fin de que se fijen las miradas de los indiferentes en ellos; á los injustos alardear desatentadamente de profesiones de fé tardías; á los envidiosos arrastrarse en su impotencia; á los ingratos empinarse sobre sus talones exhibiendo sus miserias para que se les perdonen sus culpas pasadas, desgraciados á quienes Virgilio designó ya su puesto en el infierno, al entregarlos á la Nemesi vengadora:

*Vendidit hic aureo patriam, dominumque potentem
Imposuit...*

De este modo le vemos seguir en su camino entre los estudios, recuerdos y trabajos, el contento y el dolor de una vida consagrada á la literatura, siempre sobre la brecha, semejante á el cirujano, que con mano experta y segura introdujese su escalpelo prudente al través de ese laberinto de nervios, tendones, venas, ganglios que forman el cuerpo humano, hasta encontrar el mal en el sitio en que se oculta, con decisión, con mirada segura, á fin de curar al enfermo. La mano y el golpe de vista, la energía y el valor forman su obra; pues es preciso marchar recto á todo lo que es grande, lo mismo que á lo verdadero, si no se quiere que, como dice el inolvidable latino, la tortuga pregunte á la liebre indecisa lo que ha hecho de su carrera ligera, émula de la del pájaro alado.

El folleto que tenemos ante nuestros ojos, postrer trabajo que el Sr. Bono Serrano ha dado á la estampa, se compone de dos epístolas, la primera dedicada al Príncipe de Asturias, D. Alfonso de Borbon, y cuya fecha se remonta al 2 de Enero de 1874, y la segunda á Doña Margarita de Borbon, infanta de Parma, correspondiente al mes de Febrero del citado año.

En aquella, ó sea en la del Príncipe de Asturias, actual rey de España, escrita en el metro que inmortalizó con su inolvidable obra el terrible *ghibelino* Dante, don Gaspar Bono Serrano empieza suplicando á D. Alfonso torne feliz á la desierta orilla del Manzanares, para devolver á nuestro suelo la fé sublime y sencilla que inflamó á nuestros mayores, al arrojar del haz de España á la morisma, en una guerra de siete siglos de sangrientos soles.

Después pinta á grandes rasgos la grandiosa epopeya de la Independencia contra las huestes de Napoleon, y cuyos tercetos no podemos resistir de copiar:

Rugió nuestro león tras largo sueño,
Y tembló Bonaparte, el grande Atila,
Que tan solo en mi patria fué pequeño.
Mi patria, que pacífica y tranquila
No esperaba del Corso las traiciones,
Al oír el rugido, no vacila,
Ni cuenta las beligeras legiones
Que hollaron con orgullo victoriosas,
Repúblicas, imperios y naciones.
Viva el rey! Viva el rey! clamorosas
Repiten voces mil del sacerdote,
De ancianas y de vírgenes hermosas.
Fogoso el militar, á largo trote
De corcel andaluz, con férrea lanza
A ginete francés asesta un bote.
Y comienza la lucha y la matanza,
Virratos, Megaras y Orisones
Impávidos corriendo á la venganza.

A continuación de este recuerdo de gloria á los héroes de Bailén y Talavera, el poeta fija su atención en la lucha intestina que devora en la actualidad los restos de grandeza que aun nos quedaban, y que han concluido de consumir las últimas y escasas fuerzas de nuestra vitalidad, para terminar, después de relatar las heroicas y levantadas proezas de los Alfonsos, que tanto han enaltecido el sólo español, y tantas y tantas otras sombras ilustres como cuenta la historia de nuestra reconquista, con un notabilísimo apóstrofe á la torpe é infecunda revolución iniciada á fines del año 1868, en que se ha removido todo el cieno de nuestra sociedad descreída en su desesperación, roto la santa tradición de nuestras leyes, interrumpido la admirable cadena de nuestros deberes, conculcado los sentimientos de lo justo y de lo bello por el triunfo momentáneo de nuestros regeneradores de pacotilla.

Sin embargo, no por eso vayan á creer nuestros lectores que en el curso de la *Epístola*, tanto en el pensamiento como en su desarrollo, D. Gaspar Bono Serrano, á pesar de lo espeso del asunto, y exclusivismo personal del autor, si se nos permite la frase, ha escrito una sátira vengadora contra los partidos que combate. No. Semejante idea era mezquina é indigna de un poeta, y un sacerdote sobre todo. El genio no es un mísero juguete para entretener nuestra irascibilidad; es un don de Dios, como ha dicho Lamartine, que se profana empleándole en tales pequeñeces. La lira de un cantor, sirviéndonos de un pensamiento de la antigua Grecia, no es una tenaza para martirizar á nuestros adversarios, no se debe arrastrar con ella los cadáveres á las gemonias; este es el trabajo del lector, no del poeta. Las amistades ó enemistades de los escritores, por renombre que hayan alcanzado, son perfectamente indiferentes á la posteridad. Esta gusta más de un buen verso, de una bella imagen, de un pensamiento tierno y delicado, de un dulce sentimiento, que de toda una crónica rimada de pasiones, las más veces pasajeras y deleznales, como los acontecimientos que las produjeron.

Trabajo de ménos aliento, aunque no por eso ménos recomendable, es la segunda *Epístola* á la infanta de Parma, Doña Margarita de Borbon, escrita en romance en decasílabo, y cuyo espíritu puede resumirse en los siguientes versos con que termina:

Jesús, Dios mío, inmaculado Verbo,
A quien plugo morir entre ladrones,
Por dar salud y paz á los mortales;
Alejad de la guerra el fiero azote.
Y vos, Virgen sin mancha, Madre mía,
Y madre de mi Dios, para que invoque
El español, de gratitud henchido,
El nombre de Jesús y vuestro nombre,
Impetradnos, benévola, impetradnos
La suspirada paz, y España goce
De sosiego benéfico años ciento,
Acallando el rumor de las pasiones.

Este es, en conjunto, el nuevo trabajo de D. Gaspar Bono Serrano, trabajo eruditísimo, y que llamaremos con su verdadero nombre, clásico, y en el que tanto pueden aprender estilo nuestros jóvenes poetas, que amen y cultiven lo bueno y lo bello, y las grandes tradiciones del siglo de oro de nuestra inmortal literatura.

¿Qué son hoy por lo general nuestros poetas, sino máquinas de palabras, de conceptos *tiernos* que no tienen ternura, de frases *pálidas* que no hacen palidecer á ninguno?

Vagas flores del jardín de los seres que piensan, palpitan y mueren, fácilmente separais de vuestros cabellos *ebúrneos* las blancas camelias y las rosas suaves, para tejer una corona en la frente del poeta; pero esta guirnalda graciosa es, como vosotras, pasajera y fugaz; el poeta se circunda con ellas sus cabellos al alba y á la puesta del sol le es forzoso que la deponga *mústia* y sin perfume. ¿Quién devolvería la vivacidad de los colores que la rosa

ha perdido? ¿Quién sabría dar nuevo candor á la amarillenta camelia? Nadie, porque este don solo concedido á la juventud que canta al par de los mejores años, está agotado, y la perpétua canción se ha cambiado en un suspiro melancólico?

Los muertos no vuelven ya.

Nuestros poetas han cometido una gran torpeza al cantar alambicando el pensamiento, buscando lo nuevo en lo extraño de la forma, poniendo en boga un género convencional, en el que el vigor del alma que vuela y se espacia, y admira el universo y lo retrata con los versos, queda sofocado por el contraste de cosas tan diversas, y la manía de aparecer original, mientras son únicamente raros. Esta manía ¡qué otra ventaja ha traído sino abrir la puerta á una multitud de ingenios extravagantes, á los que ha parecido la misión severa de la poesía una tortura de frases y un sofisma continuo de ideas erróneas?

Poetas que sentís agitarse en vuestra alma el soplo divino de la eterna armonía, dejad de entreteneros con las palabras: libertad el pensamiento, no le dejéis que se encierre en la barrera mezquina que la convención levanta ante vosotros, y con la mano en el corazón y la mirada en el azul infinito, cantad la alegría y el dolor, el lamento del pobre, la esperanza de la patria, las promesas del porvenir; pero que el canto salga de vuestros labios como una necesidad del alma, y entonces solo, desafiando la ola vertiginosa de los años, vuestras canciones vivirán inmortales. *Excelsior! Excelsior!* jóvenes poetas de la patria mía!

VICENTE CUENCA.

Á LAS BELLAS Y ELEGANTES SEÑORITAS DEDURAN Y CUERVO. — NIÑAS Y FLORES.

Las flores son la primavera del año, las niñas la primavera de la vida.

Las niñas, como las flores, tienen alborada y crepúsculo, brillante existencia, vida fugaz.

Fraternizan, se aman porque se asimilan y se comprenden; un capullo de rosa y una niña son dos capullos.

La mañana del día, al aspirar entre perfumes y frescura, convierte el capullo en flor; la mañana de la vida, al desaparecer con sus armonías seductorales, transforma la niña en mujer.

Las flores, como las niñas, son seres sensibles que tienen vida propia: las flores respiran, crecen, palpitan, se entusiasman, se exaltan, sufren, rien, gimen, lloran, mueren.

¡Cuántas veces al tronchar una azucena os habreis detenido indecisos sin saber por qué!

¡Ah! era que oíais un gemido vagamente, el gemido de la azucena, y lo que destilaba en vuestros dedos su tallo, ese líquido que llaman *savia* los naturalistas, era el llanto de la flor.

Las flores, seres delicados que se agitan momentáneamente con perceptibles estremecimientos, duermen también y se despiertan solas: hay flores fluviales que al asomar la aurora alzan sus cabezas en las orillas de los lagos, permanecen erguidas durante el día, y al declinar la tarde contraen sus pétalos, y se sepultan en las profundidades de sus lechos acuáticos.

Así como las niñas tienen sus días de recreo, las flores tienen sus horas festivas: los días de sol espléndido, de brisas y fresco rocío, son para ellas grandes solemnidades, en las cuales ostentan su inocente alegría revelada en vivos matices.

Las flores tienen fisonomías distintas y hasta tipos: las hay rosadas y pálidas, raquílicas y esbeltas. En el mundo vegetal tienen también, cual las niñas, sus gerarquías y heráldica: hay flores aristocráticas y plebeyas, flores que ocupan puestos elevados, y flores que ocupan humildes puestos, flores de cuna de oro y de cuna de barro, flores distinguidas ó vulgares.

La rosa es la más ilustre, es la *Vénus* de los jardines, la más aristocrática del vergel, la reina de las flores: cautiva la atención universal, su imperio es glorioso, numerosa la pléyade de sus admiradores.

La Grecia se postró ante la rosa; las ciencias y las artes le han consagrado su culto por bella y útil. La rosa ha representado siempre un gran papel. Homero, Herodoto, Virgilio y Horacio le han dirigido grandes elogios en sus libros. San Basilio dijo que antes del pecado de nuestros primeros padres, las rosas no tenían espinas; Santa Rosa, nacida en Lima, se llamaba en realidad Isabel, pero su madre la llamó Rosa por el dulce brillo de su semblante. Hubo en Roma durante la Cuaresma un domingo de la rosa, *dominica in rosa*, en el cual el Sumo

Pontífice bendecía una rosa y la enviaba á algún príncipe ó princesa de Europa como testimonio de simpatía: esta rosa era de oro.

La rosa blanca y la rosa encarnada fueron famosas en Inglaterra, como símbolos de la casa de York y Lancaster.

La rosa ha sido siempre el premio del amante, del héroe y del poeta.

Hay rosas en todos los países; la naturaleza, siempre pródiga, ha colocado la rosa bajo todos los climas, regalándola como tipo de belleza y esplendor.

Las flores son la gala de la creación, el rico manto de la naturaleza, el lujo de los pobres; la modesta frente de una pastora puede ostentar una guirnalda, del mismo modo que puede ostentarla la altiva frente de la opulenta señora. La tosca maceta de la sencilla aldeana, no tiene ménos poesía que el soberbio búcaro de la dama de salón.

En todas las edades amamos las flores, y quien no las ama denota tener alma fría y seca: la niña juega con ellas, la joven realza con ellas sus encantos, y el anciano se extasia con sus perfumes.

¡Qué espectáculo tan bello ofrece á la vista la blanca y respetable cabeza de un anciano inclinada sobre una maceta de flores que cultiva esmeradamente sin desdeñar esta ocupación que apellidarán *frívola* los corazones duros y prosaicos!

¡Cuántas veces una flor parietaria ha sido la dulce amiga del prisionero!

Las niñas y las flores son la sonrisa del triste, el consuelo del afligido, las cariñosas compañeras del desterrado.

Madama Roland en su prisión, no se creía desventurada porque tenía flores y un rayo de sol.

Lo más hermoso del mundo son las flores: el profeta no encuentra para la Madre de Dios nada más sublime que ellas.

Por eso en su místico entusiasmo apellida á la Virgen rosa de Saron, lirio de la Siria, clavel de los Alpes, rosa de Jericó.

El mes de Mayo (mes de las flores) ha sido siempre consagrado á María.

Las flores tienen su epopeya, sus páginas de gloria, su celebridad, su historia.

El mundo cristiano adorna con ellas sus altares: en la fiesta de Pentecostés ha sido costumbre echar flores desde la bóveda de los templos sobre los fieles reunidos en la nave para simbolizar los dones del Espíritu Santo.

El niño inocente que va á regenerarse del pecado original en las aguas bautismales lleva su pura vestidura orlada de jazmines; la fervorosa niña que llena de amor divino se acerca á la mesa celestial para gustar en éxtasis arrobador el pan de los ángeles, ostenta su aureola de blancas rosas; la casta doncella que tímida y pudorosa se acerca al altar con el elegido de su corazón para recibir la bendición nupcial, adorna de blancos azahares el poético traje, niveo cual fiel trasunto de su virginidad, y la triste huérfana, saturada de amargura y pesar, deposita en la tumba de su madre pensamientos y siemprevivas, como pálido reflejo de la inextinguible luz del recuerdo maternal que la ilumina constantemente.

En los libros santos encontramos en bellas alegorías representado el Verbo Eterno, por la flor de seis hojas (azucena), el amor divino por la flor del manzano, los justos por la de la higuera, y por las mandrágoras de Lia la fecundidad, que con tal presente fué Raquel la madre dichosa de José.

Los paganos también asociaron las flores á sus religiones y usos: los sabios eran coronados de flores; la del amaranto adornaba las estatuas de los dioses y los sepulcros de los grandes hombres, debido á que esta flor conserva después de seca su color; la estatua del pudor era representada con una rosa encarnada en la mano. Los árabes y egipcios dedicaron la acacia al dios del día, porque observaban que las hojas de la acacia se abrían y cerraban guardando el período de la salida y postura del sol, y que su flor, resguardada por una especie de pluma, imita el radiante disco del astro rey.

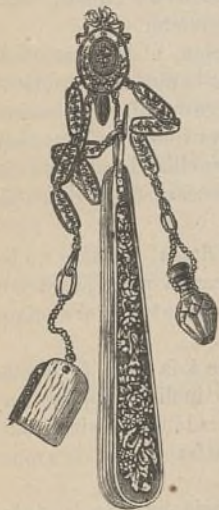
Los indios adoraban el loto que aparecía en la superficie de las aguas al salir el sol y que se ocultaba cuando él; los budhistas, que profesaban la religión del sintoísmo, tenían culto por una flor particular, á la cual atribuían el mérito de prolongar la vida, y entre los brahmanes los astrólogos escribían el horóscopo de los niños en hojas de palmera.

Los romanos, desde los tiempos de los Antoninos, rociaban de flores los sepulcros y sembraban en los alrededores las plantas más olorosas. Los habitantes del Asia menor plantaban en el campo de la muerte arrayan, mirtos y siemprevivas. Cuando entró en Alejandría el lujoso carro fúnebre en el cual era conducido el joven conquistador del Asia, adornábanlo perlas y flores.

El pino estaba consagrado á Cibeles en remotos tiempos, y á la azucena se la llamó flor de Juno.

Los griegos, esos pueblos eminentemente civilizados que supieron sorprender el momento fugitivo de la belleza y lo eternizaron en el mármol y el bronce, apellidan á las flores *la fiesta de la vida*.

Las flores han tenido siempre su culto; ellas han inspirado la religión más supersticiosa. El fresno de Odin, la palmera de Latone, la flor del espiño que libra



3. Abanico para baile.

de malos pensamientos á las pastoras del Brie, la verbena de los galos, el karénglo de los armoricanos, las habas pitagóricas, el compac azulado de los persas, que crece para ellos solamente en el paraíso, el kaki, ese árbol divino á cuyas flores les supusieron alma, la mágica salameta, el árbol rojo de Komboum, del que cada hoja reproducía en relieve uno de los numerosos caracteres del alfabeto tibetano, y otras plantas, fueron sagrados poemas milagrosos.

Herodoto refiere que Jerjes experimentó una gran ternura por una planta, la acariciaba, la estrechaba entre sus brazos, y la adornaba con collares y brazaletes de oro; Cárlo-Magno, legislador y filósofo, recomendaba desde su trono occidental el cultivo de las plantas.

La emperatriz Josefina olvidó más de una vez los enojos del poder contemplando la estructura de una corola en sus invernaderos de Malmaison. Estudiaba las plantas, y se embriagaba con sus perfumes, prefiriéndolos á las esencias de sus lisonjeros cortesanos. Las flores de todos los países tenían cabida en sus estufas. Nada más bello que la poética república formada por la soldadeta de los Alpes, la violeta de Parma, el sauce de Oriente, la cruz de Malta, el lirio del Nilo, el hileiscas de Siria, la rosa de Damietta, y su jazmín querido de la Martinica.

Los pueblos más salvajes han reverenciado las flores; los más cultos las han enlazado á sus sentimientos, haciéndolas fieles intérpretes de estos. Frecuentemente suele ser un ramo de flores la historia de un corazón apasionado, y las hojas de cada flor páginas de los anales de un alma.

La mujer enamorada elige las flores con sencillez infantil, para formar con ellas tiernas alegorías de sus impresiones. Si la acacia significa amor platónico, el agencjo amargura, el alhelí encarnado despecho, la acedera alegría, la artemisa felicidad, la hortensia amor constante, el avellano reconciliación, la caléndula melancolía, el narciso egoísmo, la ortiga crueldad, y el acónito venganza, tres flores pueden componer una frase, una guirnalda, una conversacion, un



4. Peinado y cuerpo escotado para teatro.

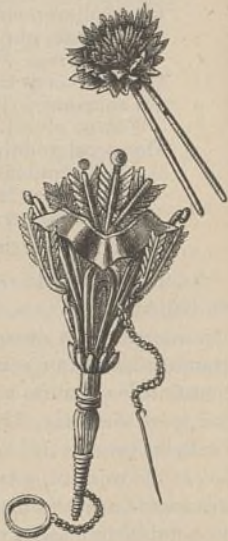
ramillete, una carta. — Los botánicos creen leer en las flores y conocerlas, porque las han clasificado y porque les han hecho la autopsia, porque las han bautizado denominándolas en griego y en latín: mas este estudio fisiológico no basta, hay que estudiarlas moralmente. Linneo es el botanista que las ha analizado psicológicamente; él descubrió los amores de las flores.

Las flores, cual las niñas, tienen sentido estético y aman la música; por eso al escuchar el canto del ruiseñor se animan y le envían sus perfumes. La corola de la flor es un santuario en el fondo de sus pequeños tabernáculos, se cumplen misterios santos y respetables que permanecen velados para los hombres, y que tal vez no se ocultan á los gilgueros, los ruiseñores, las mariposas y las estrellas.

¿Quién pudiera sorprender en la callada noche ese amor diáfano, transparente é invisible, ese amor de luz y frescura, de fulgores y esencias, de aromas y destellos, entre las flores y las estrellas?

¡Oh! qué poema tan divino se podría escribir con pluma de cisne en hojas de rosa, después de sorprender los secretos de las vestales del firmamento y las reinas de la floresta.

Tal vez esos vagos rumores del bosque, esos susurros solemnes y misteriosos, esos murmullos dulcísimos, esas armonías de las esferas, y esos quejidos blandos del viento, son



4. Horquilla para el cabello.
5. Porta-ramillete.

los suspiros lánguidos que exhalan al mirarse las flores y las estrellas: tal vez esas perlas líquidas que llamamos rocío son besos y lágrimas cristalizadas; tal vez al trocar sus esencias y reflejos se abrazan en el espacio; tal vez cantan un himno eterno á la diosa nocturna que, al encender su antorcha, las envuelve en red de plata.

Si yo creyera en la metempsicosis ó trasmigración de las almas, aseguraría que cada flor encierra el alma de una niña, y cada estrella el alma de una flor.

La camelia podría albergar en su seno un alma sin amor, la dalia un alma altanera, la azucena un alma cándida, el lirio un alma pura, la rosa un alma de fuego, el pensamiento un alma meditabunda, la violeta un alma modesta, la margarita un alma humilde, el jazmín un alma inmaculada.

Las niñas son cándidas, sencillas y tiernas cual las flores: una niña sin ternura en el alma, es una flor sin rocío, una flor de trapo y alambre.

Vosotras, con los nombres de Virginia, Enriqueta, Mariana y Pilar, sois cuatro flores bellísimas, sensibles cual la sensitiva, delicadas cual la dia-



7. Vestido con mantelo.

8. Vestido con delantal.

9. Vestido con túnica.



1158

EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras.

Plaza de Prim II, 3.



13. Fichú de muselina (visto por la espalda).

una cadena de amor, un collar de valiosas perlas, una guirnalda de flores inmarcesibles.

Vosotras, al ocultar modestas la espléndida belleza que el cielo os otorgó, sois flores humildes que no podéis pasar desapercibidas aunque lo intentéis, porque os delatan las esencias de vuestros encantos.

Continuad siempre humildes, y brillareis más; continuad siempre así, modestas cual la sampaguita, que solo abre su broché encantador en la hora de las sombras, y delicadas cual la flor del convulvulus, que se marchita al acercarle el aliento.

MARIA DE LA CONCEPCION GIMENO.

Madrid y Enero 1875.



16. Chaqueta escotada con chaleco.



10 á 12. Aderezo llamado campana. Medallon, alfiler y pendientes.

mela, y aromáticas cual la magnolia; cuatro flores de salón que creceis lozanas y esbeltas al calor de la estufa del sentimiento, esmaltando las ásperas sendas de la vida, convirtiendo el erial de este mundo en vergel.

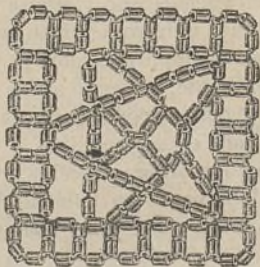
Vosotras, al rodear con vuestros torneados y nacarados brazos el cuello de vuestros amantes padres, les formais



15. Fichú cuadrado.



18. Collar de cuentas. (Véase el núm. 19).



19. Detalle del collar núm. 18.



14. Fichú de muselina (visto por delante).

DE MADRID A LISBOA.

(IMPRESIONES DE UN VIAJE).

III.

DESDE UN WAGON.

Salir de Madrid en el ferro-carril y parar frente á Getafe, es tanto como querer recibir una desagradable sorpresa. Apenas si se han extinguido en nuestros oídos los ecos de los vendedores de billetes de loterías de Beneficencia que pululan por la Puerta del Sol, y aun conservamos el tono aguardentoso de los que gritan en la estación central *El Diario Español* y *La Cor-*



17. Chaqueta escotada con berta.

respondencia, ó de los que ofrecen libros á peseta y guías del viajero á dos reales, cuando se extiende la vista hacia un pueblo que parece un cementerio triste y solitario, sin poderse uno explicar que puedan existir seres vivientes entre aquellas tapias y corrales sin lucir y bajo aquellos tejados tan raros como desiguales.

Mi amigo Scott, sacando la cabeza por la ventanilla del wagon, despues de mirar bien aquel puñado de casas que teníamos enfrente, me preguntó:

—Getafe, tiene catedral?

—Ni parroquia, tal vez; es un pueblo insignificante.

—Ah!... Dispense V., creí era obispado.

Le miré fijamente por si se burlaba, pero Scott estaba serio y reflexivo, como si en realidad no acertara á comprender la verdad de mi contestacion.

—Getafe—añadió—es uno de los partidos judiciales de la provincia de Madrid, situado entre la capital, Chinchon, Illescas y Navacerrada. No tiene más industria ni comercio que la que le producen los granos de su suelo, y por los eriales que le rodean podrá V. comprender la importancia de su agricultura.

—Ah!... eso lo veo bien; lo que no veo claro es que no sea obispado.

—Por Dios, amigo Scott, que la cuestion de convertir en obispado á Getafe le hace á V. pensar demasiado.

—Ca!... no, señor; yo he creído que en todos los pueblos de España, ó al ménos en todos aquellos donde hay juzgados, habia tambien catedrales, y por consiguiente obispos.

—Eso es una idea equivocada. En España, es verdad, hay muchos obispos, pero constando de más de 9.000 ayuntamientos comprenderá que no puede tener un obispado para cada uno de ellos.

Y el tren comenzó á rodar sobre los rails como si temiese no llegar á tiempo á su destino. Más de media hora habia transcurrido sin que hablásemos una palabra. Scott, ensimismado en repasar unos apuntes de su cartera, ni se daba cuenta que iba viajando; y yo, contemplando al inglés, permanecí mudo, hasta que el tren comenzó á parar, y exclamé:

—Estamos en Pinto, Sr. Scott!

—Oh!... á fé que es peor que Getafe.

—Poco ménos, sí; pero de muchos recuerdos para la historia de Madrid, especialmente en el período de la Edad-Media. Allí, entre aquel grupo que forma esas trescientas casas, habitaron largos años los duques de Arévalo, en un suntuoso palacio construido en el siglo XIII, y del cual existe aun en pie un torreón de su antigua fortaleza. En 1476 dió el duque la villa al caballero Rodrigo de Mendoza, por haberlo reconciliado, en Madrigal, con la reina doña Isabel, habiendo pasado despues la villa á poder de los duques de Feria, dueños y señores de su castillo. La madre del príncipe de Pastrana, la hermosa princesa de Éboli, fué conducida y presa á este castillo, en 26 de Julio de 1579, por mandado de Felipe II. ¡Cuántos misterios guardan los restos diseminados del antiguo Pinto! Testigos mudos de la política de Felipe II, cómplices fueron tambien y más de una vez de los misterios que guardara en su pecho la favorita de aquel poderoso monarca.

Y el tren andaba á más y mejor sin habernos apercebido de que estábamos próximos á Valdemoro, la patria del famoso arquitecto Juan de Castro, contemporáneo de Herrera y de Juan Badajoz. Así que llegamos frente á la estacion, Scott me preguntó:

—Tampoco es obispado Valdemoro?

—No señor; tiene una parroquia, un convento de monjas y una ermita solamente: ignoro si el párroco es obispo, ó está mitrado, como el del Cármen de Madrid.

—Y plaza de toros, tiene?

—No señor; no tiene circo.

El tren comenzaba á andar mientras Scott apuntaba en su cartera la siguiente nota: «Getafe muy feo, Pinto muy antiguo y Valdemoro nada: en España no hay apenas obispos ni circos de toros. España es poco conocida por los extranjeros.»

Yo pude leer con disimulo estas letras, y me sonreí. Scott me miraba con el rostro lleno de alegría. Su satisfacción por viajar en mi compañía era incomparable. A mi lado, solamente conmigo, decia él, podría conocer á España y hablar de ella como no lo habia hecho ningun extranjero. Diciendo esto mismo, el tren paraba. Habíamos llegado á Ciempozuelos.

Mi amigo Scott miró para aquel grupo de casas colocadas sobre una pequeña colina bañada por el Jarama, y me dijo:

—Supongo que haré bien en seguir, porque este pueblo no ofrecerá gran cosa para el viajero que quiera estudiar á España.

—Desde luego, aquí no tiene V. más que 300 casas con aspecto ruinoso, y creo que V. no querrá morir entre escombros.

—No tal, señor.

Y el tren, despues de haber sonado el silbato, y de haber tocado la campana el jefe de estacion, rompió con precipitada velocidad hacia adelante, dejando atras á Ciempozuelos, envuelto en los misterios de una noche serena de Enero.

Scott se reclinaba hacia atrás, arrojando sus piernas con la manta de viaje: de cuando en cuando hacia nuevos apuntes en su cartera. Yo leia *La Correspondencia*, que es la cena eterna de todos los que vivimos en Madrid; y con ménos sueño que mi compañero pude llegar hasta *El Correo de la noche*, gracioso entretenimiento que explotan algunos desocupados, en el diario noticiero, para dar que hablar á los críticos de las gacetillas y asustar á las madres de familia. Pensando iba en el mal que hace *La Correspondencia* por haber abierto en sus columnas *El Correo de la noche*, cuando Scott me sorprendió con la noticia de que tenia un amigo en Ciempozuelos.

—Usted? le dije yo.

—No, mejor dicho, mi mujer, que conocia á un don Juan de la Peña, que era de ese pueblo.

—Su señora de V. era española? le pregunté.

—No, señor; era francesa, y la mujer más rara que V. puede figurarse. La conocí en Paris, y le diré á V. cómo y porqué me casé con ella.

En el año 1871 llamaba la atencion de los parisienses una mujer que se mostraba al público en los teatros ambulantes y en las ferias, y que poseia el raro mérito de tener dos cabezas. Yo me enamoré perdidamente de la mujer bicéfala y la pedí cortesmente la mano. Celebróse el casamiento con gran ostentacion, no sin que ántes hubieran ocurrido sus dudas respecto á si podia considerarse este matrimonio como caso de bigamia. Casado, en fin, decidí pasar la luna de miel en la costa de Africa, junto á Sierra-Leona, donde poseo vastas y riquísimas propiedades, lindantes con los terrenos que ocupa la tribu de los Bin-jocks, negros montaraces que habian dado en repetidas ocasiones pruebas de la mayor ferocidad.

Realizado el viaje sin contratiempo, nos instalamos en mi rica posesion de la costa africana: aconteció que una noche serena y apacible, una verdadera noche tropical, en que yo y mi esposa paseábamos á orillas del mar, fuimos de repente asaltados por una horda de salvajes negros que nos llevaron á los espesos montes donde tenian sus guaridas.

Indecible fué el asombro de aquellos salvajes al ver una mujer con dos cabezas. En su estupefaccion, la consideraron como un sér superior y le rindieron ferviente culto, colocándola en una especie de choza sagrada, y destinándome en clase de santero de la nueva diosa. Esto nos libró de una muerte cierta, porque los negros de la susodicha tribu eran caníbales, y hubieran dado buena cuenta de nosotros en el primer almuerzo patriótico que las circunstancias hubieran hecho necesario, á no ser por la venturosa cualidad de que acabo de hacer á V. mencion.

Sin embargo, nuestra buena estrella pareció eclipsarse. Una maga ó hechicera, que era el oráculo de la tribu, y que no pudo ver sin profundos celos la adoracion que á la mujer blanca tributaban los salvajes, decidió su muerte, y valiéndose de un feroz esclavo núbio, obtuvo de éste la promesa de que, aprovechando las sombras de la noche, mataria á su enemiga. El esclavo cumplió su promesa, y en las primeras horas de la mañana se presentó á la hechicera, que le aguardaba palpitante de emocion.

—¿Cumpliste?

—Cumplí... Toma!

Y arrojó á los piés de la maga la cabeza de mi pobre mujer.

—Desgraciado! gritó la maga. ¿No le has cortado más que una?

En el semblante del esclavo se pintó el más profundo asombro.

—Pues, cuantas tenia? exclamó:

La circunstancia de ignorar el asesino que su víctima tenia dos cabezas, habia salvado á la heroína de los teatros de Paris, á mi mujer.

—No acierto á comprender esto,—le repliqué un tanto confuso, por tan extraña relacion, propia de Julio Verne.

—Yo se lo explicaré á V.—añadió Scott. Alarmados un día mis amigos y colonos, al notar la ausencia de mi señora y la mia, y temerosos, hasta cierto punto con razon sobrada, que hubiésemos sido victimas de una asechanza, prepararon una numerosa y bien armada expedicion, que, cayendo de improviso sobre la tribu negra, la dispersó completamente, haciendo en los salvajes una gran matanza, y recogiendo gran número de prisioneros, entre los que se hallaba el esclavo núbio.

Arrepentido este de su criminal accion, y deseoso de obtener el perdon de la pena que habia de imponersele, corrió á donde se hallaba mi esposa, y con ayuda de ciertas yerbas, cuyo secreto él sólo conocia, logró cicatrizar en breve la herida de su víctima.

De este modo pudimos regresar á Europa, con pocos deseos de volver entre aquellos cáfres caníbales.

—¿Y la esposa de V., la tiene en Francia?

—La he metido en un convento, hasta que los tribunales decidan en nuestra demanda de divorcio.

—Por infidelidad.

—Nada de eso: mi esposa me ha sido siempre muy leal compañera, pero he pedido el divorcio apoyándome en que me casé con ella única y exclusivamente por la circunstancia de poseer dos cabezas, y hoy, habiendo perdido una de ellas, me considero engañado, y pido la nulidad de mi matrimonio: creo que esto es justo.

Yo miraba atentamente á Scott sin atreverme á comprender la existencia de un sér tan raro y escéntrico, y la circunstancia de ser el inglés me retraia de darle algun consejo.

—Yo no digo que sea ó deje de ser justo, repliqué, lo que digo que me pareció originalísimo su hermano de V., desde el momento que mandaba levantar la casa, en su quinta de Chislehurst, para ofrecérsela á Napoleon III, cuando no fuese emperador; pero V. me parece más originalísimo aun que él, casándose con una mujer bicéfala, de la cual se quiere divorciar en el momento que queda con una cabeza: yo sé que son excentricidades inglesas, pero no dejan de admirarme.

—Y yo, por el contrario, creo estas cosas mías muy naturales y comunes. Si me divorcieran los tribunales correria en busca de otro ser como aquellos que nos presenta en cera el Museo-Hartkopf. El tipo de la, ó de las hermanas Headed Girl, es mi encanto, y buscaria otro igual, aunque recorriese el mundo. Un cuerpo con cuatro pechos, dos cabezas y cuatro piernas es notable, si pertenece todo ello á un ser inteligente y simpático. Amar á este sér es separarse de la vulgaridad y no ser como todos. Yo fraternicé en extremo con unas paisanas mías, las señoritas Bunker, desde el momento que supe que contraian matrimonio con los gemelos de Siam, los hermanos Chang y Eng, que tantos años estuvieron expuestos en Nueva-York, en el Museo de Mr. Barnum. Aquellas dos simpáticas señoritas amaron entrañablemente á dos seres que estaban unidos por una membrana ó ligadura de carne de un pié de larga, dos pulgadas de ancho y cuatro de espesor, provista de una arteria que establecia entre ellos igual circulacion de sangre y una respiracion comun. Yo creo que mis amigas fueron felices con sus esposos, hasta el punto de que la casada con Chang tuvo seis hijos y la de Eng cinco.

Yo no sabia qué replicar á mi amigo Scott, pero es lo cierto que me encantaban tamañas excentricidades, y no me atrevia, por lo mismo, á ridiculizarlas. Sobre todo, tampoco lo hubiese hecho, porque soy amigo de respetar todas las ideas, y las que Scott tenia del matrimonio y aun de la familia, siquiera porque eran sustentadas por un sér inteligente, merecian respeto por mi parte, y más cuando él tambien rendia profundo respeto á las ideas de los demás. No obstante de todas estas consideraciones, yo me disponia á entablar con Scott una larga discusion sobre el concepto moral de la familia y el legal del matrimonio, porque queria conocer hasta dónde llegaba lo más raro de un sér excéntrico. Pero sonó el silbato, el guarda freno hizo acortar el paso del convoy, y el tren caminaba por entre un espeso arbolado que daria envidia á los jardines de Versalles. Esto me hizo conocer que estábamos próximos á Aranjuez, y en efecto, dos minutos más tarde el tren paraba frente á una bonita estacion. Scott me preguntó:

—Para V. aquí?

—Sí señor, todo el día; quiero conocer bien este antiguo sitio real, donde se ha escrito, puede decirse, la historia palaciega española desde Felipe II hasta los contemporáneos tiempos de la hija de Fernando VII.

—Oh!... pues yo me quedo con V., vamos al pueblo y nos acomodaremos en un hotel.

Emprendimos el camino, y á muy pocos pasos Scott, poniéndome la mano sobre el hombro, me preguntó con aire misterioso:

—Aquí habrá obispo?

Yo, sin poderme contener, me reia á carcajadas, sin saber si mi amigo viajaba para conocer á los obispos españoles ó por estudiar á España.

(Se continuará).

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

LA GLORIA Y EL ARTE.

CUENTO DE BASTIDORES

por

TEODORO GUERRERO.

I.

En Enero de 1857, el bergantin de S. M. en que servia yo, dió fondo en la bahía de Barcelona, despues de 40 singladuras que habíamos echado desde la Habana.

(Paréntesis. Debo advertir al lector que el que habla es el alférez de navío D. Ernesto Ulloa).

Por más acostumbrados que estemos al movimiento del barco, nos agrada siempre la tierra firme: así, apenas puse el pie en el muelle, corrí en busca de emociones y de recuerdos: ¿dónde no los encuentra un marino?

Comí en la fonda con varios amigos íntimos, de quienes no había vuelto á saber ni á acordarme en tres años de ausencia, y me contaron muchas cosas que ignoraba porque debía ignorarlas, aunque manifesté mucho interés por ellas.

„N. y N., me decían, han muerto; P. J. y L. se casaron; T. y V. han envidado; M. se suicidó; G. se escapó con una muchacha muy linda que vivía en la Rambla; S. está en la cárcel; á C. y D., empleados del Gobierno, los trasladaron á otro punto.“ En una palabra, casi todos mis amigos habían muerto para mí; pero aquella tarde repuse á los finados con nuevos conocimientos de mesa.

Entre las noticias de importancia que adquirí no fué la menor el éxito que alcanzaba en el gran teatro una *prima donna di cartello*, italiana por supuesto, que, según la frase técnica de los filarmónicos, estaba haciendo las delicias del pueblo barcelonés, uno de los pueblos más inteligentes en ese divino arte que habla al alma y á los sentidos.

La cantante se llamaba..... Rosario. (Al dar á la estampa una historia, sustituyo con este nombre el de la artista, que es demasiado conocido en el mundo. Nadie tiene derecho á descender el velo de la vida privada.)

Al citar el país de su naturaleza, dije que era italiana por supuesto, y eso necesita explicación, por más que los *dilettanti* lo hayan comprendido demasiado. Si Rosario hubiera nacido fuera de Italia no le bastaría todo su talento y su voz privilegiada para aclimatarse entre sus compatriotas, que, á pesar de los muchos nombres que pueden citar en contra de su preocupación, siguen creyendo que solo la Italia produce órganos musicales. Bien dice el refrán: nadie es profeta en su patria.

Soy fanático por la música, como todo el que tiene una fibra sensible, y al ver en el *Diario* que aquella noche se ponía en escena *La Sonámbula*, corrí al despacho del teatro, ansioso de admirar á la cantante y de gozar con las divinas armonías del precioso idilio de Bellini.

Paseábame impaciente por el salón de descanso, esperando la señal del director de orquesta, cuando me echaron un brazo por la cintura; volví la cabeza, y estreché con efusión el cuerpo de donde partía aquel brazo, exclamando:

—¡Adolfo!

—¡Mi querido Ulloa! ¿estás en Barcelona?

—Aquí me tienes desde esta mañana.

—¡Cuánto me alegro!

—Y yo.

—Enséñame el número de tu luneta.

—El 33 de la izquierda.

—Dame el billete: voy á cambiarlo por otro para estar juntos; tenemos mucho que hablar; se entiende, cuando no cante Rosario, porque entonces no se puede oír más que las notas sublimes de su garganta.

—¡Tan notable es esa artista?

—Ella te contestará por mí dentro de algunos minutos.

Y corrí al despacho para cambiar mi localidad.

II.

Adolfo de Mendoza, vizconde de Tudela, tenía á la sazón veinticuatro años; habíamos estrechado nuestra amistad en la isla de S. Fernando, adonde fué enviado por su padre como guardia marina; pero concluidos sus estudios no se encontró con vocación para seguir una carrera que más que ninguna la exige, y no necesitando de su espada para vivir, se lanzó al mundo, sabiendo más de lo que el rico necesita para figurar y menos de lo que necesita el pobre para morirse de hambre.

Su padre, el conde de Cardona, era muy respetado de todos por sus timbres de nobleza, por su cuantiosa fortuna y por la rectitud de sus principios. Llevó el conde muy á mal la determinación de su hijo de abandonar una carrera que tanto lustre había dado á su patria; pero como era el único vástago de su rama y el heredero de su título, se conformó pronto, creyendo que así no lo espondría á los peligros de las armas y á los azares del mar.

Adolfo era un joven bien inclinado, y había recibido con aprovechamiento las sanas doctrinas de su padre, aleccionándose con el ejemplo, que es el gran principio de la educación; así, Adolfo, aunque había pasado los primeros años de su juventud en la corte, nunca manchó la honradez de su alma, comportándose muy á satisfacción de su padre, que en este punto era demasiado exigente.

Á la entrada de la cruda estación en que llegué á Barcelona, el conde había llamado á su hijo, pretextando que necesitaba de sus cuidados, y Adolfo corrí al lado de su

padre; pero la salud vigorosa de éste desmentía la causa del llamamiento; su verdadera idea había sido no sólo disfrutar de la compañía de su hijo en los últimos años de la vida, sino también separarlo de los peligros de Madrid, llevando á cabo un plan que hacia tiempo le desvelaba.

El conde, sabiendo que la juventud es impresionable, y temiendo que su hijo se dejara arrastrar por su corazón, contrayendo algún compromiso con una mujer que sin ser indigna fuese de oscuro nacimiento, proyectó labrar en su alma una pasión por Neolia, hija del marqués de Santa Eulalia, su amigo de la infancia.

Neolia era una joven de diez y ocho años, bella como un serafín y de una educación esmeradísima.

Adolfo era alto, rubio, de una figura interesante y con unos magníficos ojos, muy propios para turbar la dulce tranquilidad del alma de la niña y hacerla sentir una pasión, á pesar de su recogimiento.

Y lo que el conde pretendía, sucedió apenas puso Adolfo el pie en la casa del marqués de Santa Eulalia: Neolia, que oía siempre á su padre hablar del joven y de sus buenas cualidades, creyó que se había omitido decirle algo sobre la cualidad más importante: sobre la belleza de los ojos de Adolfo. Y esta circunstancia pudo más que todo lo que el marqués y el conde concertaron.

Neolia, á los tres días de conocer al vizconde, no trataba de saber si éste valía mucho ó poco; ya nada podían decirle ni su padre ni el de Adolfo, porque los ojos de éste le decían más.

El conde de Cardona no tuvo que preguntar á su hijo sobre el efecto que Neolia le había causado; Adolfo era joven, y encontró muy agradable, acompañando al anciano á su tertulia diaria en casa del marqués, tener una muchacha bonita con quien hablar mientras los dos señores jugaban su partida de ajedrez.

Cuando éstos se impacientaban por dar con algún *mate* problemático que los traía atormentados una semana ó dos, Adolfo y Neolia veían correr las horas sin cansarse uno de otro, lo cual tenía muy contentos al marqués y al conde, pues este era otro problema que resolvían sin necesidad de tablero y solo con el cálculo de una jugada maestra.

¿Amaba Adolfo á Neolia?—No había pensado en averiguarlo. —¿Amaba Neolia á Adolfo?—Fácil era conocerlo por la inmovilidad de sus ojos cuando los fijaba en aquellos que tanto le habían llamado la atención desde el primer día.

La tertulia de casa del marqués disminuyó al abrir sus puertas el gran teatro; Adolfo, llevado por la curiosidad, faltó la noche del *debut* de la compañía, y escudándose en su afición al arte se abonó para ir todas las noches.

Sorprendido el conde por el capricho filarmónico de su hijo, que podría destruir su plan, como el jugador de ajedrez que tiene estudiado un *mate* y se encuentra con un *jaque* tan inoportuno como inesperado, calculó que era preciso, sin torcer la voluntad de su hijo, no abandonarlo, y aconsejó al marqués que se abonara también al teatro para que no dejase Adolfo de ver á Neolia.

Y el marqués había tomado un palco bajo de proscenio, con objeto de que desde la luneta pudiese el joven contemplarla durante la representación.

Estas noticias que después adquirí las anticipo á mis lectores por creerlo conveniente: nadie puede quitarme este derecho.

Entro, pues, con mi amigo en el coliseo, donde debemos encontrarnos todos, satisfaciendo mis deseos de oír á la notable artista.

III.

Ocupamos nuestro asiento, y empezó la sinfonía á toda orquesta.

Como la música instrumental es solo cuestión de oídos y no impide á los ojos que se ejerciten al mismo tiempo, recorrí con ellos todos los palcos, deteniéndolos donde encontraba alguna mujer hermosa y separándolos violentamente del sitio en que había alguna fea.

En el palco bajo de proscenio de la derecha entraron un anciano de cabellos y bigotes blancos y una joven encantadora; llaméme ella la atención, y como noté que sus ojos estaban flechados en dirección de nuestro sitio, sospeché que había hecho una conquista; tocando entonces con el brazo á Adolfo, que estaba al parecer extasiado con los acordes de la orquesta, pendiente de todos los movimientos de la batuta, le dije:

—Eres filarmónico decidido.

—¡Oh! sí: la música me embelesa hoy.

—Repara en aquella preciosa muchacha del palco de proscenio; hay más música en sus ojos que en todas las partituras que ha producido y producirá la Italia.

Volvió Adolfo la cabeza á la derecha é hizo un gesto de disgusto; pero reponiéndose en seguida, contestó con afecto á un saludo gracioso que le hizo la niña del

palco, secundado por otro no menos cariñoso del que la acompañaba.

—¡Hola! parece que tratas con intimidad á esa criatura; y, ó me engaña la experiencia, ó sus ojos vienen al abordaje sobre los tuyos.

—¡Qué disparate!

—¡Cáspita! llegué á creer que me habían puesto la proa, pero torcí el rumbo. La sonrisa del saludo que te dedicó fué demasiado expresiva.

—Creo que te equivocas.

—Puede ser, pero estoy acostumbrado á estudiar la fisonomía de las mujeres, adivinando sus impresiones, como adivino por el cariz el estado de la atmósfera.

—Veo que eres inteligente, dijo Adolfo sonriéndose.

—Al fin arrias en banda el pabellón. Y ¿quiénes son tus amigos del palco?

—El marqués de Santa Eulalia y su hija Neolia.

—¡Hermosa niña! ¡te envidio la preferencia!

—¡Silencio! exclamó el vizconde; el telón se levanta, y ya no me pertenezco.

Me recosté en la luneta para entregarme á la música, y al ver tan pronunciado en mi amigo el furor filarmónico, no me atreví á distraerle de su enajenación.

(Se continuará.)

Nuevas soluciones á las charadas insertas en el número 5 del CORREO correspondiente al 2 de Febrero, por las señoras Doña Pilar Gomez La Serna, de Santander; Doña Elisa Asenjo G. de Lafos, de Castro-Urdiales; Doña Amalia García, de Zaragoza; Doña María de la Concepción Dulce, de Gibraltar; Doña Susana Mier de Barrio, de Verduña; Doña Isabel Latorre, de Toledo; Doña Martina Gallego, de Castrodeza, y por los Sres. D. Andrés Varela Sanchez, de Valladolid; D. Santiago Bastian, de Málaga; D. Domingo Quirós, de Cádiz; y la siguiente en verso á la primera de dichas charadas:

Si bien he llegado á ver
Prima sin ortografía,
Cítara es, á fé mia,
La charada de Conder.
MARIANA DE RADA Y DIAZ PIMIENTA.

Quintanar de la Orden 4 de Febrero de 1875.

CHARADA S.

I.

Nombra la *prima* y *cuarta*
de mi charada
un músico instrumento
de antigua fama,
Y la *tecrera*
cotidiano alimento
es por do quiera.

La *segunda* y la *quinta*
hijo y oriundo
es de un imperio vasto
del viejo mundo.
Está la silla
de mi *todo* vacante
siempre en Sevilla.

ROSARIO CAMUÑO Y COLLÁS.

Salas 22 de Enero de 1875.

II.

La primera repetida
dicen los niños,
y á la segunda unida
verás de fijo.
Los guerreros la usaban
há muchos siglos,
y en este mismo,
á otras diversas cosas
también la aplico.

Hay otras combinaciones;
pero solo añadiré,
que es *tercia* muy necesaria
á las horas de comer,
y por regla general
lo mismo aquí que en Jerez:
creo que para acertarla
bastante te demostré.

Al todo, que á Toledo
dá nombradía,
los golosos se aplican
en estos días;
pero chiton...
que estas explicaciones
muy largas son.

ELISA ASENJO Y LA FOZ.

Castro-Urdiales 27 de Diciembre de 1874.

III.

En verano me importuna
la una.
Debes tener siempre en Dios
la dos.
Y una *letra* vocal es
la tres.

Resulta del todo, pues,
para estar muy divertido,
debes haber aprendido
la una, la dos y la tres.

RAMON GALAN Y MORENO.

Torrjós 26 de Enero de 1875.

VARIEDADES.

Ha visitado nuestra redaccion el primer número de *La Madre de Familia*, excelente Revista que se publica en Granada bajo la direccion de D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez: el mejor elogio que podemos hacer de este periódico de tanta utilidad para las familias y el único que se publica en España, es copiar el sumario de lo que contiene: La Madre, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—



21. Sombrero Ana María.

Lecciones del alma, cartas por id.—Poesía, por D.^a Carolina Coronado.—Ancora de salvacion, novela de costumbres.—Sonetos, por D. Jerónimo Borao y D.^a Dolores Cabrera de Miranda.—Martirio de un alma, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—La Poesía, por D. J. D. C.—Seccion infantil, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—Variedades.

Recordamos á nuestras suscriptoras la excelente profesora D.^a Teresina Sirvent, que vive en la calle del Fúcar, núm. 18, principal; y enseña con suma perfeccion lectura, escritura, aritmética, bordados de todas clases, flores de batista y lana y frutas.

Madame Grand, tan ventajosamente conocida de nuestras suscriptoras por sus magníficos corsés, á fin de ensanchar sus negocios, ha tomado otra casa en la calle de Espoz y Mina, núm. 11, tienda, á donde podrán tambien dirigírsela los pedidos, siempre con alguna anticipacion, si quieren ser servidas con puntualidad por ser muy numerosos los encargos que recibe.



20. Sombrero bordado de cuentas.



23. Sombrero bullonado.



22. Sombrero Carlota.

Explicacion del Figurin 1158.

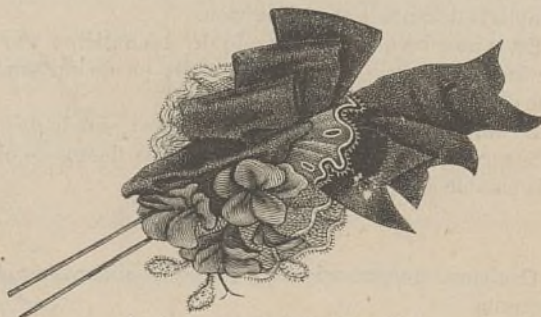
FIG. 1.^a—*Traje de recepcion*.—Vestido de faya gris plata, adornada la falda con volantes y bullones, divididos los de delante con bieses de terciopelo azul oscuro. Túnica de terciopelo azul oscuro, guarnecida todo alrededor con plumas blancas rizadas. Mangas largas y abiertas, ribeteadas de faya gris perla. El escote del vestido va adornado con tres bieses de terciopelo azul. Gola con corbata y mangas de encaje. Prendido-corona de rosas amarillas y hojas verdes.

FIG. 2.^a—*Traje de paseo*.—Vestido de faya negra, con un solo volante abajo. Abrigo *Duquesa*, de paño ó terciopelo, todo guarnecido de piel, con mangas largas y cuadradas; sombrero adornado con lazadas caprichosas de cinta azul.

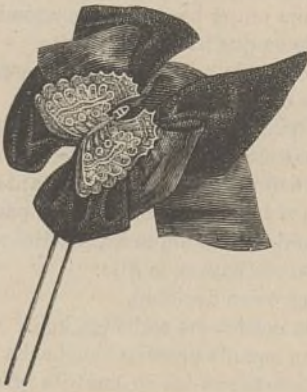
FIG. 3.^a—*Traje para niña*.—Vestido escocés adornado con lazos y cintas de terciopelo negro; chaqueta sin mangas, de terciopelo negro, sin ningún adorno. Botitas altas de la misma tela del vestido con bigoteras de charol. Lazo con caídas de terciopelo negro en el peinado.



24. Peinado para teatro (visto por detrás).



26. Lazo para el cabello, de cinta, encaje y flores.



27. Lazo de terciopelo y cinta con mariposa de encaje.



25. Peinado para teatro (visto por delante).

Las Sras. Suscriptoras á la 1.^a y 4.^a Edicion, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO, y las de la 1.^a, 3.^a y 4.^a el pliego de patrones.

Administracion: Plaza de Isabel II núm 2.

Tip de G. Estrada, C.^a, Dr. Fourquet (antes Yedra) 7.

Editor-propietario: Carlos Grassi.



CORREO DE LA MODA.

18 de Febrero de 1875.

Siendo este mes de calma para la moda, pues solo se reproducen los modelos de invierno y aún no se sabe cuáles serán los de primavera, hemos creído que sería más del agrado de nuestras suscriptoras completar el precioso abecedario para sábanas dadas en el pliego del día 2, y empezar el correspondiente al mismo, de tamaño más pequeño, para almohadas, mantelería y demás objetos de ropa blanca. Sin embargo, no queriendo privarlas de los patrones de una prenda de novedad, les damos los del abrigo *Rosina* que nos remite nuestro correspondiente de París, sacado del que se ostenta en los escaparates de una de las casas más acreditadas de aquella capital.

Allí sirve de complemento a un precioso traje gris plata, de cachemir y seda de dos tonos. La falda, adornada con volantes y bullones, se recoge arriba en un pouf moderado. El delantero ó manto es cuadrado, y consiste en tres bullonados de cachemir, guarnecidos todo alrededor con un bias de faya. Los costados llevan pliegados y lazos en todo su largo.

El abrigo puede hacerse de terciopelo, cachemir ó reps de seda, adornándolo con rica piel, siendo de terciopelo y tal como lo presenta el modelo, ó de matalassé y encaje perlado.

El patron se compone de las siguientes figuras:

Fig. 1.ª — Delantero.
Fig. 2.ª — Costadillo de delante.
Fig. 3.ª — Costadillo de la espalda.
Fig. 4.ª — Mita de la espalda.
Fig. 5.ª — Manga.
Fig. 6.ª — Conjunto del abrigo.
Las diferentes partes se unen entre sí, juntando los signos iguales.



Fig. 6. CONJUNTO DEL TRAJE ROSINA.

